



PIERRE VILAR, *Historia marxista, historia en construcción*. Anagrama, 1975.

En efecto, ningún acontecimiento deja de ser anecdótico en algún sentido. Incluso la aparición de un Spinoza o de un Marx no posee «alcance» (excepto para una historia idealista) más que por y para la época más o menos lejana que recogerá su pensamiento. Hasta aquí, incluso el *rechazo* de este pensamiento constituye lo *histórico*.

Y ¿han sido alguna vez las «relaciones estructurales» modificadas por «un hecho»? La más consciente de las revoluciones sólo las ha modificado de un modo imperfecto. Por no hablar de las técnicas. Papin «ve» la fuerza del vapor, Watt la domestica, pero su «innovación» tiene que «implantarse» para convertirse en una «fuerza productiva» real. Y, entre otros factores, sólo alcanza a un mundo limitado. ¿Dónde está la «ruptura»?

Los profesionales de la sensación multiplicaron los «acontecimientos». El «hecho histórico» hace furor un día de alunizaje o un día de barricadas. Se dirá: por ello precisamente el historiador escoge. ¿Pero qué? Tanto el

ama de casa que no quiere o no puede pagar diez francos por un kilo de judías verdes, como la que los paga, tanto el recluta que responde a la llamada de su clase, como el que la rechaza, todos se conducen «históricamente». Las coyunturas dependen de ellos, ellos refuerzan o minan las estructuras. Sólo la *objetivación de lo subjetivo por la estadística*, por imperfecta que sea aún su interpretación, funda la posibilidad de una historia materialista que sea la de las *masas*, entendiendo por ello al mismo tiempo los *hechos masivos*, infraestructurales, y los de la «masas» humanas que la teoría, para convertirse en fuerza, ha de «penetrar».

Uno se ve forzado a preguntarse si el teórico del concepto de historia, a fuerza de enfrentarse con una historia que carece de curso, no acaba siendo su prisionero. Después de haber admitido un reparto de la historia entre los «especialistas», he ahí que se parte en busca del «hecho histórico», del «acontecimiento». Ciertamente, el acontecimiento cuenta, y sobre todo la manera —fortuita o integrable— en que se inserta en la serie. Pero si un historiador marxista desconfía de los excesos de la reacción «antiacontecimental» que desde hace cuarenta

años transforma la práctica de los historiadores, no hace sino permanecer fiel a sus principios, que eran los de Marx. No podría transigir, aunque sólo fuera por la elección de una palabra, con el mito de «los días que forjaron a Francia» o, incluso, con los «días que estremecieron al mundo». Al final de *Octubre* de Einsenstein, se dice: «La revolución está hecha.» Nosotros sabemos que acababa de empezar.

No eludimos la dificultad, después de haber sugerido con el empleo de la palabra «mutación» la idea de «ruptura», dando un sentido más amplio a la palabra «acontecimiento». Ciencia y teoría padecen hoy las palabras. Las inventan esotéricas para nociones que no lo son; y dan nombres familiares a contenidos esotéricos. «Acontecimiento», «crónica», se pasan al lenguaje matemático en cuanto empiezan a ser sospechosos a los historiadores. Y los genios comienzan a tomar decisiones cuando sólo se atribuye a los jefes de Estado la ilusión de hacerlo. «Sobredeterminación», «eficacia de una causa ausente», vienen del psicoanálisis, como «mutación» viene de la biología.

Pero ¿conviene a todas las estructuras una palabra inventada para una de ellas? Ni siquiera Marx y Engels han sido afortunados en ese género de comparaciones.

Schumpeter escribe, para caracterizar a Marx, que éste efectúa entre los datos económicos e históricos, no una articulación mecánica, sino una mezcla «química».¹ La imagen me ha seducido durante mucho tiempo, porque he aprendido en la escuela, hace ya muchos años, que la mezcla deja los cuerpos separados mientras que la combinación es un cuerpo nuevo (aquí la totalidad marxista). Pero ¿qué valor tiene tal comparación para la ciencia moderna? Y ¿qué nos enseña a los de mi oficio? A Balibar, en lugar de «combinación» le gustaría poder decir «combinatoria». Pero vacila: «no se trata (...) de una combinatoria en el sentido estricto», «seudo combinatoria»...²

¿Y si decidiéramos, puesto que Marx sigue siendo «nuevo», mantener sus palabras allí dónde las inventó e inventarlas cuando haya necesidad, pero sin pedir préstamos a las ciencias que de cualquier modo no pueden

¹ Joseph Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia* (Aguilar, Madrid 1968).

² Étienne Balibar, *Para leer el Capital*, pp. 236, 263.

hablar por la nuestra, para poder efectivamente «construirla»?

Dicho brevemente, el comentario teórico de *El Capital* creo que ha tenido el inmenso mérito de demostrar cómo, después de escrita la historia, no se había «sabido» jamás exactamente lo que era historia (ciertamente, ¡es tantas cosas!). Sin embargo una vez más, aunque sea correcto plantear una cuestión, quizá no sea prudente creer que se la ha respondido, dicho sea sin intención de flirtear con el viejo Seignobos.³

A la pregunta: ¿qué es la historia? no se puede contestar de manera más satisfactoria con la teoría que con la sola práctica. Solamente podemos intentar hacerlo, a la manera de Marx, con la doble pasión de «hacer suya» una materia compleja, lo que exige siempre un *minimun* teórico, y de «construir» el objeto de pensamiento que le corresponde, lo que exige a un mismo tiempo evadirse de la materia y tenerla «presente». No es posible la investigación sin la teoría, y la poca exigencia teórica del historiador irrita con

³ Charles Seignobos fue un eminente historiador francés del siglo XIX. Sus posiciones metodológicas fueron expuestas en una obra conjunta con Charles Langlois titulada *Introduction aux Études Historiques* (París 1899).

razón al filósofo. Pero tampoco puede haber teoría sin investigación, o el teórico no tardará en verse acusado, como no hace mucho lo fue el economista, de manejar «cajas vacías».

Bien mirado, uno se pregunta si las cajas vacías no estarán menos vacías de lo que aparentan, porque los historiadores son menos empiristas de lo que parece. En lugar de complacerse en las constantes negativas —que forman parte del montaje ideológico— ¿no sería más razonable hacer constar en acta algunos pasos adelante de los historiadores, del mismo modo que sería *más científico* intentar, *entre historiadores*, un *balance histórico* del marxismo, no «enjuiciado» según nuestras preferencias políticas o nuestras exigencias morales, sino «pensado» como un fenómeno a situar en el tiempo?

Pues nuestros filósofos, tan de buena gana antihumanistas en sus exigencias teóricas, se muestran afligidos por el hecho de que —Lenin religiosamente excluido— demasiados pensadores marxistas, mal penetrados por el gran legado, han aceptado vivirlo como «ideología» y no como «ciencia», en una perspectiva «historicista» y no como un absoluto. Especialmente, dicen, las mutaciones

del mundo parecen lentas al lado del ritmo acelerado de las fuerzas productivas, y cargadas de errores y horrores, cuando existe una teoría que bastaría con conocer mejor para que la historia se convirtiera en algo razonable.

Althusser escribe:

El día que la historia existirá como teoría, en el sentido que se acaba de precisar, su doble existencia como ciencia teórica y como ciencia aplicada no planteará más problemas que la doble existencia de la teoría marxista de la economía política como ciencia teórica y ciencia aplicada.⁴

¿«No más»? ¿Y no basta con eso? La victoria de la economía socialista consiste en existir, lo que muchos creían imposible— y no en estar libre de problemas. Lo mismo, sucede con el socialismo como *totalidad*, como *modo de producción naciente* —lo que, por otra parte, hace quizás impropio el término de «totalidad», de estructura global auténticamente realizada. Su construcción en un mundo hostil y, ciertamente, también dramático, también imperfecto —pero no más— después de cien años de reflexión y cincuenta de acción, ¿qué es si la comparamos

⁴ Para leer el *Capital*, p. 121.

a la instauración del mundo capitalista y del feudal, que tardaron muchos siglos en pensarse y en nacer? La lógica de las guerras napoleónicas debió parecer bastante afilligranada a sus contemporáneos.

La impaciencia no es virtud de teóricos. Nikos Poulantzas se indigna de las interpretaciones sucesivas y contradictorias que la III Internacional dio del fascismo.⁵ ¡Bien! es que antes de interpretar hay que estudiar, *ver*. El combate no siempre permite ese lujo. Las victorias de la «ciencia» son a largo plazo.

Esas consideraciones sobrepasan un poco el marco propuesto para nuestras reflexiones, pero no le son extrañas. Economía, sociología, historia, marxistas y no marxistas, han estado siempre sometidas, y lo están más que nunca, a la presión «sobredeterminante» de la actualidad. Se defendieron de ello feroz e ingenuamente en la época del positivismo. Hoy, llámeselas politicología, sociología empírica, o prospectivas de cualquier clase, acepten la existencia de las luchas de clases o el «consensus», todas se confiesan ciencias *aplicadas*,

⁵ Nicos Poulantzas, *Fascismo y Dictadura, La tercera internacional frente al fascismo* (Siglo XXI, Madrid 1973).

ciencias *prácticas*. La historia continúa. Tanto le da explicar a Fidel Castro como a Hernán Cortés. Bien lo muestran nuestras revistas.

Esta presencia del presente en el pasado, del pasado en el presente, no es en absoluto contraria *al espíritu* de Marx. Constituye incluso una de sus características. Pero *en ciertas condiciones*, que nos reconducen a nuestro propósito. ¿Procedemos a interrogar el pasado juntando, conscientemente o no, las innovaciones epistemológicas de Marx? En diversos puntos importantes, y en particular en uno de ellos —el *tiempo histórico*—, las investigaciones de Louis Althusser nos hacen tomar más clara consciencia de nuestras lagunas, de nuestras fidelidades o de nuestras infidelidades, pero también de algunas de nuestras adquisiciones.